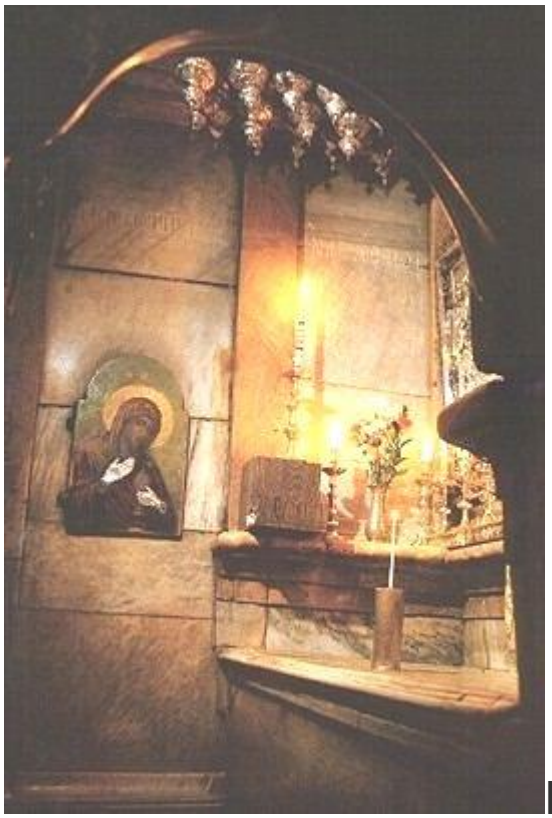
RECUERDO DE LOS MUERTOS


Baldosa en la que estuvo el cuerpo de Cristo (Iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén)

Los Fieles Difuntos

"Una flor sobre su tumba se marchita, una lágrima sobre su recuerdo se evapora. Una oración por su alma, la recibe Dios."

-San Agustín

"Cada uno se presentará ante el tribunal de Dios para darle cuenta de lo que ha hecho, de lo bueno y de lo malo."

- Santa Biblia

Las tres Iglesias: Se llama Iglesia a la asociación de los que creen en Jesucristo. La Iglesia se divide en tres grupos. Iglesia triunfante: los que ya se salvaron y están en el cielo (los que festejamos ayer). Iglesia militante: los que estamos en la tierra luchando por hacer el bien y evitar el mal. E Iglesia sufriente: los que están en el purgatorio purificándose de sus pecados, de las manchas que afean su alma.

El Catecismo de la Iglesia Católica, publicado por el Papa Juan Pablo II en 1992, es un texto de máxima autoridad para todos los católicos del mundo y dice cinco cosas acerca del Purgatorio:

1ª. Los que mueren en gracia y amistad de Dios pero no perfectamente purificados, sufren

después de su muerte una purificación, para obtener la completa hermosura de su alma (1030).

2ª. La Iglesia llama Purgatorio a esa purificación, y ha hablado de ella en el Concilio de Florencia y en el Concilio de Trento. La Iglesia para hablar de que será como un fuego purificador, se basa en aquella frase de San Pablo que dice: "La obra de cada uno quedará al descubierto, el día en que pasen por fuego. Las obras que cada cual ha hecho se probarán en el fuego". (1Cor. 3, 14).

3ª. La práctica de orar por los difuntos es sumamente antigua. El libro 2º.

de los Macabeos en la S. Biblia dice: "Mandó Juan Macabeo ofrecer sacrificios por los muertos, para que quedaran libres de sus pecados" (2Mac. 12, 46).

4ª. La Iglesia desde los primeros siglos ha tenido la costumbre de orar por los difuntos (Cuenta San Agustín que su madre Santa Mónica lo único que les pidió al morir fue esto: "No se olviden de ofrecer oraciones por mi alma").

5ª. San Gregorio Magno afirma: "Si Jesucristo dijo que hay faltas que no serán perdonadas ni en este mundo ni en el otro, es señal de que hay faltas que sí son perdonadas en el otro mundo. Para que Dios perdone a los difuntos las faltas veniales que tenían sin perdonar en el momento de su muerte, para eso

ofrecemos misas, oraciones y limosnas por su eterno descanso".

De San Gregorio se narran dos hechos interesantes. El primero, que él ofreció 30 misas por el alma de un difunto, y después el muerto se le apareció en sueños a darle las gracias porque por esas misas había logrado salir del purgatorio. Y el segundo, que un día estando celebrando la Misa, elevó San Gregorio la Santa Hostia y se quedó con ella en lo alto por mucho tiempo. Sus ayudantes le preguntaron después por qué se había quedado tanto tiempo con la hostia elevada en sus manos, y les respondió: "Es que vi que mientras ofrecía la Santa Hostia a Dios, descansaban las benditas almas del purgatorio". Desde tiempos de San Gregorio (año 600) se ha

popularizado mucho en la Iglesia Católica la costumbre de ofrecer misas por el descanso de las benditas almas.

La respuesta de San Agustín: a este gran Santo le preguntó uno: "¿Cuánto rezarán por mí cuando yo me haya muerto?", y él le respondió: "Eso depende de cuánto rezas tú por los difuntos. Porque el evangelio dice que la medida que cada uno emplea para dar a los demás, esa medida se empleará para darle a él".

¿Vamos a rezar más por los difuntos? ¿Vamos a ofrecer por ellos misas, comuniones, ayudas a los pobres y otras buenas obras? Los muertos nunca jamás vienen a espantar a nadie, pero sí rezan y obtienen favores a favor de los que rezan por ellos.

Con afecto, Felipe Santos, SDB

Málaga-25-marzo-2008

¿A quién de nosotros no le ha sucedido, tras la muerte de un amigo o pariente amado, dejarse sorprender por lamentos muy amargos?

« Si hubiera sabido que estaba tan cerca su fin" Cuando lo vi por última vez, cuando dejamos las palabras irrisorias, tenía que haberle hablado de otra manera. Tenía que haber abordado con él la cuestión del futuro y de la muerte, recoger sus últimas voluntades, pedirle perdón y haberle demostrado todo el amor que nos profesábamos.

Si lo hubiera sabido ! Pero es demasiado tarde. 0h ! qué pena siento ahora de no haberlo hecho antes para libarme de este peso que ahora angustia mi conciencia ! »

A esta primera impresión se añade una segunda, que es la de un profundo y definitivo silencio.

No es un velo, como decimos generalmente, pues detrás de un velo se ven las sombras, se escuchan murmullos y estremecimientos. No, es una muralla, es la roca del sepulcro. Y nadie levantará esta piedra.

Mi muerte, no sé ya ni dónde está, ni lo que hace. Y el que estaba ayer a mi lado, ignorando también la vida eterna que soy en el presente, perdido como yo en preocupaciones mezquinas, él vive en el

reino de Dios, tiene experiencias tales que nunca venía de la muerte y quería contarme del más allá, no encontraría ya en nuestro vocabulario ninguna palabra que expresar.

Entre él y yo, ¡qué diferencia de horizonte y de vida!

Estoy ahí, feliz; y quizá que él sufra. Yo me apeno y él se alegra. ¿Piensa en mí? ¿Está como perdido en Dios?

Es la Iglesia la que nos consuela y nos acoge; es la que nos da satisfacción, sin penetrar el misterio que no está sin duda en nuestro poder acoger. La naturaleza, dice en alguna parte Hugo sabe el gran secreto y sonríe. También Cristo lo sabe; y la Iglesia, que es su rostro, sonríe.

A este lamento ante lo irreparable, la Iglesia responde mediante su presencia. No podemos ya comunicarnos con los

muertos, es cierto. La Iglesia nos recuerda prohibiéndonos experiencias que sólo llevan a la turbación : el espiritismo es nada más que una caricatura de lo espiritual

Pero, si no tenemos ya medios de comunicarnos, tenemos siempre la posibilidad de comunicar con ellos. La comunión, es la comunión en el misterio; no se experimenta en ello nada sensible, no se busca siquiera sentir, sino que se apoya en la certeza pura:
se tiene la fe, y eso basta. Es la fe, según la carta a los Hebreos, la que nos da la sustancia de lo que es invisible, eterno inaparente.

Y la Eucaristía lleva a su plenitud esta comunión con los muertos, pues nos ofrece Al que está con ellos, o más bien en el que todos moran.

Sólo podemos pensar que en él nos ven, penetran en lo que tenemos de más

secreto, que en él ellos encuentran lo que no hemos sabido decirles, que en él en fin nos aman mucho mejor que nosotros mismos.

Es ahí donde el alma por fin encuentra su paz, cuando renuncia a palpar y a corresponder, para vivir de la sola fe, para adherirnos a Cristo y aguardar.

La presencia de Cristo es una presencia que no se penetra o perfora, y sin embargo el alma cristiana no duda que él está ahí. LOS SACRAMENTOS SON COMO ÓRGANOS POR LOS QUE EL ALMA LO ROZA Y LO TOCA.

La meditación del Evangelio resucita su imagen. La vida de la iglesia nos muestra su operación en las almas singulares en las masas. En fin, no es un ser del pasado. No,

no buscamos entre los muertos al que está entre los vivos.

Nuestros muertos vivirán y revivirán cuando aceptemos verlos en el Cuerpo de Cristo y asociarlos a su vida. No los imaginamos ya sólo en el pasado; están asociados a la vida del Cristo eterno; son como mediadores que nos ayudan a hacernos íntimos con el Mediador. Entre ellos y El hay un intercambio. Le permiten enraizarse más en nosotros, pues a medida que se acrecienta el número de los nuestros muertos, llega a ser más sustancial. En revancha, Jesús resucita de alguna manera a nuestros muertos haciéndoles participar en su vida misteriosa: la mutación de su vida en su vida hace de ella incomparable regalos.